

## ***Los mártires del “Freeway”:* la máscara de la normalidad**

Carlos Cervantes Hernández  
José Santa Ana Porras Alcocer  
Universidad Nacional Autónoma de México

Con la intención de contribuir a los estudios de la literatura de temática homosexual, nos permitimos hacer un recorrido por las publicaciones más conocidas de una expresión artística que ha permanecido en el *closet* mexicano, a pesar de sus múltiples y varias representaciones poéticas, teatrales, musicales, plásticas, cinematográficas y narrativas: es en este último terreno que pretendemos trabajar, a cuarenta y cuatro años de la aparición de la primera novela gay reconocida *El diario de José Toledo* (1964, ERA) de Miguel Barbachano Ponce y a casi treinta de *El vampiro de la Colonia Roma* (1979, Grijalbo) de Luis Zapata, sin olvidar el último título reconocido: *Los mártires del “Freeway” y otras historias* (2006, Ficticia-Instituto de Cultura de Yucatán) del yucateco Carlos Martín Briceño, sólo por mencionar los epígonos de esta temática.<sup>1</sup> Entre unas y otras se publicaron *Después de todo* (1969, Diógenes) de José Ceballos Maldonado; *El norte* (escrita en 1958 y editada años después en la colección “Ficción” de la Universidad Veracruzana) de Emilio Carballido; “Flavio”, cuento de Jorge Arturo Ojeda publicado primeramente en mayo de 1973 en la revista *Plural: crítica/arte/literatura* (pp. 41-44) y después en *Documentos sentimentales* (1974, El juglar); *Mocambo* (1976, Grijalbo) de Alberto Dallal; *El desconocido* (1977, Duncan) y *Flashback* (1982, Premia) de Raúl Rodríguez Cetina; *El vino de los bravos* (1981, Katún), de Luis González de Alba; *Octavio* (1982, Premia) de Jorge Arturo Ojeda; *Las púberes*

---

<sup>1</sup> Todas las editoriales citadas son mexicanas, de manera que no mencionamos el lugar de edición de estas obras.

*canéforas* (1983, Océano) de José Joaquín Blanco; el cuento “Yoni bich” (1983, Grijalbo) de Raúl Prieto; un relato de José López Páez, titulado “Doña Herlinda y su hijo” (1983, Fondo de Cultura Económica), que fue llevado al cine por Jaime Humberto Hermosillo con ese mismo título (1984); *Utopía Gay* (1984, Oasis) de José Rafael Calva; *Letargo de bahía* (1992, Fondo Editorial Tierra Adentro) de Alberto Castillo; *La más exquisita agonía* (2000, Praxis) de Salvador Márquez Gileta; *Fruta verde* (2006, Planeta Mexicana), de Enrique Serna...<sup>2</sup> Muchos de ellos continúan escribiendo —y algunos sobre el mismo tema—, otros ya fallecieron (como José Ceballos Maldonado, Raúl Prieto “Nikito Nipongo”, Salvador Márquez Gileta y Emilio Carballido), pero sigue creciendo la nómina de escritores y artistas plásticos dedicados a la temática gay.

La transformación de la novela gay en México, puede advertirse en la primera y la última publicadas en esta ciudad, precisamente: *El diario de José Toledo* (1964) de Miguel Barbachano Ponde y *Fruta verde* (2006) de Enrique Serna, novelas en las que el bolero mexicano es cercano al texto. Así, como Puebla y Guadalajara, beatífica y mocha, así era la ciudad de México en los años sesenta: ciudad de misa los domingos y comida con mamá, la vida de muchos burócratas de clase media, empleados del gobierno y de la iniciativa privada, murmurando, espionando y rumiando la vida de los demás, en la oficina, en la escuela, en el taller, en el banco, en los almacenes. Así transcurre la vida diaria de José Toledo, sumido en la abulia y acosado por su conciencia. Esto le da un sabor añejo, decimonónico y denso, a la novela, farragosa y un tanto aburrida. El personaje principal se la pasa sufriendo por su amor no correspondido, llora al menor pretexto y escucha boleros de María Greever cantados por Libertad Lamarque para sentir más hondo su pesar; el bolero como música de fondo para una historia de seres desgraciados, pusilánimes, pobres de espíritu, solitarios que pasean su mediocridad, su vida rutinaria y vacía por las calles de la ciudad de México. José Toledo es un burócrata gris, apocado, su amado Wenceslao es un borracho empedernido, los dos son jóvenes que no tienen un porvenir que codiciar, viven en un presente que los va hundiendo lentamente dentro de una existencia sin mayor trascendencia. La separación de los amantes traerá consecuencias funestas para José, que lo llevarán al suicidio.

---

<sup>2</sup> Pueden consultarse los estudios de Óscar Eduardo Rodríguez, *El personaje gay en la obra de Luis Zapata*, Fontamara, México, 2006, y de Luis Mario Schneider, *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, Nueva Imagen, México, 1997.

En 2006, Enrique Serna saca a la luz su novela *Fruta verde*. El título lo toma de un famoso bolero de Luis Arcaraz, pero aquí el bolero tiene una función distinta a la que utilizó Barbachano Ponce en su novela. El bolero como canción sentimental dará la pauta a Serna para burlarse de la clase media mexicana y así criticar toda su hipocresía, su doble moral y sus rancios prejuicios. Hay un sentido del humor muy refrescante, el sarcasmo y la ironía juegan un papel muy importante durante el desarrollo de la historia. El tema de la homosexualidad se va presentando en la seducción y conquista que realiza Mauro Llamas, un dramaturgo de fama reconocida, sobre Germán Lugo, un joven apuesto y con muchas ganas de trascender y alcanzar fama a corto plazo. *Fruta verde* es una novela de aprendizaje, de crecimiento. El dramaturgo seducirá y poseerá al joven y, sin mayor remordimiento, los dos se entregan al disfrute de sus cuerpos sin que se atormenten por esa pasión que se despierta en ambos. El bolero, en general, tiene algo de melodramático y la novela de Serna se vale de este subterfugio para dotar de cierto melodramatismo a su novela —aspecto que ya Luis Zapata había trabajado en su novela *Melodrama* (1983, Enjambre)—, sobre todo, con la muerte de Mauro Llamas y el homenaje que se hace a su memoria. Esta parte es muy conmovedora, pero no recurre a la sensiblería del lector; al contrario, es una forma de enseñanza y aprendizaje para Germán Lugo, quien lo recordará con mucho afecto y un gran cariño, pues le enseñó, principalmente, a disfrutar de la vida y a reírse de las adversidades. De cierta manera, Enrique Serna busca la complicidad sentimental entre los personajes para despertar simpatía, fascinación y respeto en el lector. En alguna declaración, el escritor expresó que trató de escribir una novela que pudiera interesar a cualquier persona inteligente y sensible. Y con *Fruta verde* cumple y logra su cometido.

Enrique Serna intenta superar el estereotipo, pues más bien trata de abordar la bisexualidad como algo natural en el ser humano y así lograr también que la homosexualidad se vea como algo normal, natural y que la sociedad lo acepte sin anteponer sus prejuicios, censuras y descalificaciones, que han permitido que el estereotipo negativo siga marginando a individuos con otra preferencia sexual. Muchos buenos intentos se han realizado, ejemplos notables serían los escritores y obras mencionados, textos que abren el camino hacia una temática que aún espanta, avergüenza o incomoda. Son pasos seguros, pero todavía no se ha escrito la gran novela sobre este tema en México. Por eso, resulta muy gratificante la novela de Enrique Serna que ya en el 2006 apunta a un nuevo tratamiento, más fresco, porque tiene como arma un sentido del humor muy disfrutable y unos personajes que pueden ser muy entrañables.

Si bien es cierto que la narrativa de temática homosexual en México ha seguido una brecha hacia arriba —decimos “brecha” porque no ha sido un camino sencillo, fácil o transitable en este país—, también es cierto que el teatro mexicano ha obtenido grandes representaciones, extraordinarias actuaciones e importantes textos. Y aunque ya ni los programas de mano existen o solamente los coleccionistas los guardan, o bien muchas de esas obras nunca se difundieron por escrito en la década en que llegaron a un escenario, quedan en la memoria del espectador de esta ciudad (más que en ninguna otra) o en la tímida placa que algún funcionario del INBA o de la UNAM desveló la noche del fin de su temporada, instituciones que fueron las pioneras en la representación teatral, plástica o dancística de textos que apuntaban a la apertura de la exhibición y de la difusión de calidad para el espectador, a pesar de la censura de aquellos años sesenta o setenta, que clausuraba un teatro o simplemente impedía el estreno. De esta vida cultural, teatral, pueden hablar todavía los actores y actrices que se enfrentaron a la “conjura de los necios”, a “las buenas conciencias”, a “las cabezas bienpensantes”, por haber dirigido o actuado en aquellos años. Durante las tres últimas décadas, la vida teatral ha sido más diversa, crítica y creativa, ya fuera recurriendo a las instituciones gubernamentales o apostando por un público inteligente y seguidor del teatro gay pro-positivo. Una muestra de ello han sido la repercusión y trascendencia de las siguientes obras, entre las tantas que aún podemos recordar: *Los escarabajos*, *Los gallos salvajes* y *El ritual de la salamandra* de Hugo Argüelles; *Armas blancas* de Víctor Hugo Rascón Banda; *Dulces compañías*, *Al pie de la letra* y *Los negros pájaros del adiós* de Oscar Liera; *Crónica de un desayuno*, *Pastel de zarzamora* y *De la calle* de Jesús González Dávila; *Las nactílopes* de Tomás Urtusuástegui; *Julio sin agosto* de Carmina Narro y *Crímenes insignificantes*, adaptación teatral a cargo de Ricardo Franco sobre la novela de Álvaro Pombo. Todas éstas, sin olvidar la invasión de los últimos éxitos londinenses o norteamericanos que se apropiaron de los teatros hasta por dos años, con superproducciones musicales vacías de contenido, caras al bolsillo, pero que *entretienen* a la *buena chica gay*. Las clases sociales no han desaparecido.

Renglón aparte sería hablar de la poesía, el cine, la danza, la plástica, el *performance*, el video y las telenovelas mexicanas que ya se “arriesgan” a tratar un conflicto amoroso homosexual, como uno más de los conflictos de los personajes, mas no el central. Se nota también la ausencia de una presencia lésbica, claro, en un país cuyas mujeres sólo pueden ser madres o hijas, a pesar del control de la natalidad y los anticonceptivos. Nuestro crecimiento demográfico lo confirma. Es decir, lesbianas y gays se esconden detrás del matrimonio, detrás de una familia

ejemplar y de una casita en cualquier colonia de nuestra ciudad. Esta doble vida y doble moral fue muy socorrida en nuestras películas, telenovelas, fotonovelas, teatro y hasta en ciertas novelas que nuestras escritoras abordaban tímida y tangencialmente, por ejemplo: “Cabecita blanca”, cuento de Rosario Castellanos en *Album de familia* (1971, Joaquín Mortiz); *La noche exquisita* (1965, Universidad Veracruzana, Jalapa) y *La memoria de Amadís* (1967, Joaquín Mortiz) de Luisa Josefina Hernández; *Reencuentro de personajes* (1982, Grijalbo) y *Dos mujeres* (1990, Diana) de Sara Levy Calderón; *Amora* (1989, Planeta) de Rosa Roffiel; “Estío” y “Sombra entre sombras”, cuentos de Inés Arredondo en *Obras completas* (1988, Siglo XXI); *Nadie me verá llorar* (1999, Tusquets México)... Sin olvidar a la más completa y versátil de nuestras escritoras: Nancy Cárdenas, quien incursionó en el cine, el teatro y la poesía. *El año en que pisamos la luna*, obra de su autoría que fue un escándalo en 1980, semejante al de su adaptación, en 1973, en el teatro “Insurgentes”, de *Los chicos de la banda*, de Mart Crowley, en la que actuaron Sergio Bustamante, Sergio Corona y Sergio Jiménez, entre otros. Lo importante fue que, con tema homosexual o con tema lésbico, Nancy Cárdenas supuso todo un acontecimiento, no así otras obras teatrales o películas mexicanas que merodeaban por el tema, insinuándolo o finalizando las películas con desenlaces muy convencionales marcados por la moral de la época.

En 2007 se presentó en Berlín la película mexicana *Cielo Dividido* del director Julián Hernández y el fin de semana del 22 y 23 de marzo de 2008 la compañía de ballet “Cebra Danza Gay” presentó una nueva coreografía titulada *Las simples cosas* en el Teatro de la Danza del Centro Cultural del Bosque de Chapultepec. Se realizó el Festival de Diversidad Sexual en Cine y Video Platino MIX, del 22 de mayo al 6 de junio de 2008, en la Cineteca Nacional y está próxima la Exposición Anual de Artes Plásticas que abordan la diversidad sexual, sito en el Museo del Chopo-UNAM. Esta breve lista confirma que las formas de representación se diversifican y crecen, que aparecen en distintas sedes y en distintas fechas, en esta muy noble y muy leal ciudad de México, en Puebla de los Ángeles, en la beatífica Guadalajara y también en otras ciudades...

La *noveleta* o cuento largo que nos va a ocupar, *Los mártires del “Freeway”* (2006), de Carlos Martín Briceño, es una representación emparentada con los relatos citados de Raúl Rodríguez Cetina: Desiderio Grajales y Enrique Salazar son amigos desde la primaria. Vivieron en el mismo internado rodeados por curas e imágenes sagradas, pero antes soportaron el castigo que de manera incestuosa se representaba. Décadas después, el crimen y la nota roja los vuelven a reunir,

aunque ya del otro lado de la raya: en el antro “Freeway” (lugar de reunión gay), en la Delegación Policiaca, en el atrio de una iglesia y en la alcoba de una casa en la playa yucateca. Tal parece que los personajes de Briceño fueron los infantes maltratados por sus padres y los adolescentes ambiguos de las novelas de Raúl Rodríguez Cetina, que caminaban por las calles de Mérida y la ciudad de México, allá en los años setenta y ochenta, llevando sus heridas en el cuerpo y en el alma y que hoy continúan, treinta años después, con resentimiento por el mal trato recibido en el pasado.

*Los mártires del “Freeway”* es una narración dividida en tres apartados, a manera de capítulos, que da cuenta de las vicisitudes de Desiderio Grajales, personaje principal de la historia. Desiderio es un incipiente detective que cursó estudios de criminología en Los Ángeles y que, al regresar a México, ingresa en la Policía Judicial; allí será donde deba investigar los asesinatos que se han cometido contra varios homosexuales. Desiderio cree estar ante la gran oportunidad de su vida, para así poder demostrar su inteligencia y poner en práctica sus teorías criminalistas para atrapar a un asesino en serie, sin advertir que se convertirá en una víctima propiciatoria. En *Los mártires del “Freeway”* descubriremos a un asesino serial que se dedica a sacrificar homosexuales, tomando como modelo ciertas figuras del martirologio cristiano. Se trata de Enrique Salazar, una especie de *yuppie* a la mexicana, hombre elegante, con esposa e hijos, millonario de doble vida, cuyas preferencias sexuales son los varones jóvenes. Posee una casa en la playa donde comete sus fechorías sexuales y criminales. Tortura a sus víctimas, les quema el rostro con un cigarrillo, les vacía las cuencas de los ojos y los arroja en el atrio de alguna iglesia.

Hace casi tres décadas que el film *Cruising* (1979), dirigido por William Friedkin y protagonizado por Al Pacino, suscitó un gran escándalo y provocó una viva oposición de la comunidad gay neoyorkina, frente desde el cual se boicoteó la filmación porque representaba una imagen negativa de los homosexuales, pues se les exhibía como enfermos a través del personaje de un psicópata que exterminaba con suma crueldad a personas de su misma preferencia sexual. El policía interpretado por Al Pacino se disfrazaba de gay con el fin de atrapar al criminal: su personaje, por una parte, daba el tipo —así podría transitar por distintos lugares del ambiente homosexual sin despertar sospechas—; por otra, se ofrecía como *gancho* propiciatorio —una tentación para hacer caer al asesino en la trampa—. Cierta ambigüedad posibilitaba que el detective fuera deseado por algunos homosexuales y, a la vez, que comenzara a confundir su virilidad. La película no tuvo

el éxito esperado ni entre la crítica ni entre el público; por lo demás, el boicot ejercido por la comunidad gay rindió cierto impacto. En este sentido, *Los mártires de "Freeway"* nos recuerda en varias instancias la película de Friedkin, aunque seguramente la obra de Carlos Martín Briceño no causará polémica: pocos lectores tendrán acceso a la lectura y quizás sea un texto que pasará pronto al olvido. Sin embargo, puede servir como excelente modelo para abordar la temática gay en una literatura que, como la mexicana, ha tomado en cuenta la figura del homosexual con cierta timidez y sin mucha grandeza.

### **La realidad sin deseo. Miedo y represión**

Las vidas de los homosexuales son a menudo vidas disociadas que producen a su vez personalidades disociadas.<sup>3</sup>

La narración se abre con una pesadilla: Desiderio Grajales siente que una mano le oprime la garganta, que pretenden matarlo y que formará parte de varios cadáveres en descomposición. Está en la mesa donde le harán la autopsia bajo la mirada obscena de su superior y del médico forense; justo antes de que le claven una cuchillada para abrir su cuerpo, se despierta agitado y asustado. Esta pesadilla es la premonición de una realidad que deberá enfrentar sin ninguna salvación. Desiderio se sabe un fracasado, siempre ha vivido bajo el temor, su miedo más apremiante es descubrirse y que lo descubran como homosexual; ha reprimido todos sus deseos, no ha disfrutado ni ha sentido placer por la vida: no quiere descubrirse —ni mucho menos aceptarse— como homosexual. Cuando estuvo becado en Los Ángeles no quiso aventurarse en ningún sentido, su pretexto mayor era el peligro de contraer una enfermedad venérea, de manera que se abstuvo de tener contactos sexuales tanto con mujeres como con hombres. Sólo tuvo una parranda y al día siguiente, al no recordar mucho de lo que hizo, siente temor de haber muerto. En definitiva, ha vivido siempre con el temor tatuado en su piel. Desiderio se siente, además, muy a disgusto con su nombre: le hubiera gustado llamarse Ernesto, pues considera que es un nombre distinguido, ya que el mismo Oscar Wilde lo usó para dar título a una de sus obras teatrales más famosas. Evidentemente hay un coqueteo, pues no es mera casualidad que haga referencia al autor de *La importancia de llamarse Ernesto* (1895), todo hace sospechar que sabe algo de su vida y de

---

<sup>3</sup> Didier Eribon, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Anagrama, Barcelona, 2001, p. 14.

los juicios que enfrentó; tampoco hay que olvidar que Oscar Wilde es uno de los iconos por antonomasia de la cultura gay.

En varios momentos de la narración descubrimos que la preferencia sexual de Desiderio se dirige hacia sujetos de su propio sexo. Su jefe inmediato, el comandante Barredo, le encomienda el caso de los asesinatos para que lleve a cabo la investigación y así pueda atrapar al asesino; le asigna el caso porque, según él, da el tipo, sin aclarar más. Desiderio quiere creer que parece gigoló, cuando en realidad el tipo que da es el de homosexual y el de víctima que puede atraer al criminal. Observamos entonces otra forma de auto-represión, al avergonzarse y sentir miedo ante la evidencia de ser equiparado a un homosexual. Es interesante destacar que todo ello ha sido sugerido y que nunca se menciona explícitamente, pero la sospecha de la oculta homosexualidad del detective es casi del dominio público, un rumor que va creciendo al tiempo que su imagen comienza a delatarlo.

Cuando inicia su investigación, se para en una esquina, un auto se detiene ante él y Desiderio experimenta una semi-erección, pues sabe que en ese lugar los prostitutos homosexuales ofrecen sus servicios. La conjugación de emoción y de temor hace que su sexo responda a medias, de manera que el deseo no llega a manifestarse en su plenitud. Durante la investigación, Desiderio experimentará a medias el placer, pero lo reprimirá constantemente, pues no dejará que aflore porque el miedo es más fuerte y él mismo quiere negarse. No aceptará la posibilidad que su cuerpo parece exigir pero que su mente se niega a obedecer. Debemos tomar en cuenta que cerca se encuentra el “Freeway”, un local gay de cierta elegancia. Antes de ir a ese lugar, Desiderio es amenazado por un homosexual que le habla en femenino, como si fuera su igual, lo trata como a una mujer, como un gay que comercia con su cuerpo y le está haciendo competencia:

- ¿Qué buscas?— dice el muchacho sin aflojar el abrazo.
- Lo mismo que tú, cabrón— contesta Desiderio, asombrándose de la seguridad con la que responde a pesar del frío que punza sus costillas y el malestar que le invade el estómago.
- No mientas, pendeja, nunca te había visto antes por aquí. Te advierto que esta es mi esquina.
- Siempre hay una primera vez. Suéltame, déjame hablar, se te puede ir la mano y no quiero terminar como Rudesindo. (...)
- ¿Conociste tú al Rude?
- Sí, éramos muy amigos —a Desiderio no le titubea el engaño.

—Al Rude lo mataron por ambicioso.  
—¿Qué quieres decir?  
—Que tanto él como el otro no supieron decir no cuando debían.  
—¿Decirle *no* a quien?  
—No me quieras ver la cara de tonto, muñeco, en el ambiente hay que saber fingir y cerrar la boca. ¿Crees que te voy a soltar la sopa? Uf, querida, a kilómetros hueles a novata. Uf, ¿cómo te pusiste de nervios con el del Spirit, eh? (...)  
—¿Por qué te interesa un muerto como Rudesindo? ¿Era tu marido o te lo estabas cogiendo? ¿A poco eres uno de los judiciales que andan investigando? (...) Hum, no pareces judicial. Los judas no llevan camisita blanca, pantaloncitos ajustados, pelito con gel... (...) Tienes el mismo tipo del Rude. Lo que sea de cada quien, era un cuate bien cotizado. Nunca se iba en blanco. (...) Y el otro difundo, ni se diga. Pero se les acabó. ¡Y eso que se daban aires de subirse únicamente a buenos carros, uf, creían que era más seguro.<sup>4</sup>

Después lo abordará un adolescente, como si fuera un posible cliente. En ambos casos, Desiderio coquetea con los jóvenes, con el fin de obtener datos para su investigación. El equívoco de esos encuentros provoca que los sentimientos del detective sean ambiguos: cierta vergüenza, cierta fascinación y quizás un fingido rechazo hacia las prácticas homosexuales que representan. Se trata de una realidad que ellos no encubren y es la realidad que a él lo descubre. La pesadilla cotidiana vuelve a invadirlo “porque las palabras del joven se meten en resquicios desconocidos” (112). Esos resquicios son paralelos a la semi-erección, a la respiración acalorada cuando entra en el “Freeway”, a esa reprimida emoción que no le permite gozar de ese ambiente que, a fin de cuentas, es al que pertenece.

En el “Freeway” se encuentra a un antiguo amigo, Enrique Salazar, quien en un momento de la plática posa su mano sobre la de Desiderio. Éste experimenta cierta inquietud, aunque disimula y lo acepta como un acto de camaradería, pero se indigna cuando lo invita a bailar y, sin embargo, el mismo Enrique le recrimina

---

<sup>4</sup> Carlos Martín Briceño, *Los mártires del “Freeway” y otras historias*, Ficticia - Instituto de Cultura de Yucatán, México, 2006, pp. 107-109. Todas las citas posteriores remiten a esta edición, indicando entre paréntesis el número de página.

con mucho dejo de burla que busca un “buen pretexto para estar aquí tomando cerveza, mirándole las talegas al stripper” (121), “El Oso de Peluche”, encargado del espectáculo en el local. Enrique tiene razón, pues Desiderio observa de reojo y experimenta cierta incomodidad al fijarse en el tamaño de los genitales de ese hombre musculoso. Incomodidad que es placer y displacer porque él mismo reprime el deseo de disfrutar la contemplación de un cuerpo que se ofrece al público. Al despedirse, Enrique hace alusión a la oculta homosexualidad de Desiderio, le dice que si quiere siga en el *armario*, escondiendo esa homosexualidad que ya todos parecen haber descubierto. El detective interpone su miedo, por eso su realidad es sin deseo, sin deseo de comprometerse consigo mismo, sin deseo para disfrutar, aunque sea con la mirada, en la contemplación de ese sexo que se ofrece y que sólo bastaría con estirar la mano para tocar.

Sin que se nos detallen los rasgos físicos del detective, hemos constatado cómo puede ser atractivo para los homosexuales, incluso su amigo Enrique le dice que “siempre me han gustado tus nalgas” (123). También el comandante Barredo le ha insinuado, cuando se hayan a solas, “ándate con pies de plomo, no vaya a ser que me vea en la necesidad de quitarte para siempre esa mirada de yo no fui del rostro” (133). Esas miradas son de posesión, pues penetran el físico de Desiderio; con las palabras indican esa penetración en sentido sexual. El detective es considerado como un ente pasivo, porque los otros ven en él un sello indeleble: es demasiado delicado, no encaja en el ambiente judicial, pero sí en el ambiente del “Freeway”. Por eso es una víctima propiciatoria, por eso pasará a engrosar la lista de cadáveres que son arrojados al atrio de alguna iglesia.

Desiderio vive una vida disociada y, en consecuencia, su personalidad también estará disociada. Trabaja en la judicial donde la policía hace justicia a su manera porque “las cosas se descubren a punta de vergazos” (101), según palabras del comandante. Alguien le da un consejo: “en México no se castiga a los asesinos, sólo se encarcela al treinta por ciento de los homicidas. No existe campo para la investigación privada seria” (100). Sin embargo, el detective sueña con ser un héroe, emular a figuras literarias como Auguste Dupin, Sherlock Holmes o Monsieur Lecoq, personajes de papel que han triunfado en otras épocas y en otros países. No estamos en “Milwake” como desearía, estamos en una ciudad mexicana, tal vez podría ser Mérida, en el Yucatán; aunque no se diga el nombre, ciertas referencias nos dan la pauta para suponer que se trata de esa geografía: además, es una “pinche ciudad mocha” (122), donde el qué dirán es importante. Por eso Desiderio cuida tanto su apariencia. En su trabajo notamos la disociación de su

vida y su personalidad, no confraterniza con sus compañeros porque son vulgares; ellos, además, comentan con cierta razón y mucha burla a sus espaldas: “comenzó a correr el rumor de que no le gustan las mujeres. Cada vez que tenía ocasión, a sus espaldas, el comandante se refería a él como el mariconcito de Los Ángeles” (116). Hay mucho de cierto, pues cuando salió con unos compañeros de trabajo a tomarse unas cervezas, una mujer le restregó los senos en la cara y eso provocó que se fuera del lugar sin despedirse, de forma que las murmuraciones tenían algo de cierto. El detective es un “mariconcito”: con esta designación lo califican y con ella queda marginado de la heterosexualidad obligatoria a la que se quiere aferrar, pero de la que es expulsado sin conmiseración.

Desiderio es un ser solitario, tímido, acobardado, miedoso. En cualquier ambiente se siente incómodo, su inseguridad no le permite ni descubrir al asesino ni descubrirse ante los demás como gay, es la víctima propiciatoria de la burla de los heterosexuales y de los homosexuales. Es el hombre sacrificable, la futura víctima del asesino serial, su amigo Enrique. Aunque tiene estudios, no posee la inteligencia suficiente para darse cuenta de los indicios que se le presentan para atrapar al criminal: caerá en la trampa por incauto, por torpe, por miedoso, pero sobre todo por su falta de malicia y perspicacia para detectar el peligro oportunamente.

### **El asesino serial. Sus motivos. Sus víctimas**

Enrique Salazar es un homosexual que enmascara su realidad, es un hombre casado con una mujer que está enterada de sus preferencias sexuales, a quien incomoda en cierto modo. Sabemos que tiene un hijo, un perro y una posición económica desahogada; son los únicos datos que disponemos de este matrimonio por conveniencia. Enrique frecuenta el “Freeway”, disfruta de tomar algunas copas y bailar. Tiene una casa en la playa y en sus gustos hay refinamiento. Elige a sus víctimas por ciertas características similares: jóvenes, delgados y atractivos, a los cuales les ofrece magníficos platillos en la cena y bebidas exquisitas. Sexo y droga es la recompensa: son prostitutas homosexuales quienes voluntariamente lo acompañan a su casa. En la narración se sugiere que el padre de Enrique, un hombre decrepito y alcohólico, abusó de él; sus mismas palabras explican la relación de padre e hijo: “Yo, en cambio, aunque nadie se daba cuenta, siempre me sentí como si hubiera nacido incompleto. Crecí, te lo confieso, con una idea menos utópica, pero no menos obsesiva que la tuya: la de olvidar la figura de mi

padre y el recuerdo de sus manos sujetándome, forzándome a mirar lo que me hacía” (146).

Enrique es también un homosexual de personalidad y vida disociadas: ante la sociedad es un heterosexual, valga decir *normal*, pero en las noches su vida es diferente y, en secreto, asesina homosexuales. Su razón íntima es la venganza de la afrenta incestuosa que su padre cometió. Aunque no exclusivamente, pues también un cura pederasta abusó de él: “¿A poco nunca te enteraste de las cosas que nos hacía el padrecito cuando íbamos al baño durante la madrugada?” (120). Los pilares de la institución, la familiar y la eclesiástica, han abusado de él e investidos en su autoridad han cometido el pecado nefando que tanto repudian de cara a la sociedad. Padre y sacerdote enmascaran la realidad para envilecer a un niño, para someterlo y violarlo a su antojo, cuando les venga en gana. Cobijados por su autoridad, son ellos los causantes de haber creado a un psicópata como es Enrique. Por eso la muerte de los homosexuales tiene un significado de redención y santificación para el asesino. Redención para el criminal, santificación porque es mediante una ceremonia donde el acoso, la posesión y la tortura son los medios de seducción un tanto perversa que deben sufrir las víctimas. Esas víctimas inocentes pagarán culpas ajenas (el incesto y la pederastia) y son los santos quienes dan la pauta. El sacrificio es la manera como se santifica al crimen y se obtiene la redención del criminal.

“Detrás de esta máscara de normalidad, debajo de toda esa vida perfecta, hay un hombre incapaz de sentir simpatía por alguien” (145). Esta reflexión de Desiderio puede explicar a todos los personajes que aparecen en *Los mártires del “Freeway”*. Él mismo cae en esa denominación: todo sujeto es una máscara, una apariencia, vale decir, una mentira. Enrique, el padre Menéndez, el comandante Barrero, el Capulina no sienten simpatía por ellos mismos, de manera que mucho menos van a sentirla por el otro. Pero no sólo es cuestión de simpatía, es un problema de simulación, de ese desprecio temeroso, escondido que pudiera descubrir una identificación con el homosexual: ese degenerado, ese enfermo, ese ser diferente que es sin lugar a dudas un reflejo de lo otro, de la otredad y de lo abyecto, sucio e infamante, pero un ser que se atreve a manifestarse aunque sea objeto de burla, desprecio y muerte. “De esa forma llegué a la conclusión de que la naturaleza homosexual es una irritante molestia y que de vez en cuando, alguno debería morir” (146). Este es uno de los motivos del asesino, por eso Enrique se erige como el vengador, el que busca en el crimen la redención y la santificación en su obra.

“El sexo no es asunto de pareja, Desiderio. Es el instrumento por el cual una persona alcanza el poder sobre el otro. La tortura y la muerte posteriores al apareamiento, querido amigo, son la cúspide de ese instante” (147). Con la tortura y los asesinatos, Enrique alcanza el poder sobre sus víctimas. Al extraerles los ojos, santificará según él a su víctima y borrará esa mirada de angustia que lo persigue porque es el recuerdo de su padre cuando ejercía su poder sexual. Y al seguir el modelo de las figuras del martirologio cristiano, devolverá los cadáveres —ya sean decapitados o carbonizados— a los atrios de las iglesias, para así santificar esos cuerpos que le proporcionaron placer. Sexo, tortura y muerte son entonces para Enrique la cúspide del placer, aparentemente satisfecho, que volverá a exigir ser el instrumento del poder y sometimiento de una nueva víctima.

Enrique comienza el ritual, acaricia el cuerpo de Desiderio, lo conduce a la recámara. El detective, casi inconscientemente, poco a poco, pierde el sentido. El miedo desaparece, va perdiendo la razón y sabe que ha perdido, será un cadáver más, un cadáver carbonizado que aparecerá en el atrio de la iglesia de San Cristóbal. Para su desgracia, no disfrutará del apareamiento, no gozará ni de su cuerpo ni del ajeno, su placer queda nulificado, como reza el último renglón del epígrafe: “porque ya nada de lo que venga habrá de ser bueno” (93). No, la bondad no existe, sólo prevalece el mal, su triunfo; la derrota conduce a la muerte.

### **El texto como pretexto. Los estereotipos**

Circulaban tantas teorías acerca de la homosexualidad a mediados del siglo XX que los novelistas podían elegir con libertad entre todo un abanico de posibilidades comunes (llamémoslo banco de tópicos o imagen de estereotipos) qué clase de homosexualidad les interesaba: perversa o invertida; aparatosamente hipermasculina o afectadamente afeminada; pecadora o santa; bisexual oportunista o monomaniaca compulsiva; totalmente antinatural o totalmente animal; ostentosa o escondida; manipuladora o manipulada; frívola o trágica; aislada o en grupos; pederasta o acosadora de hombres “normales”; tortuosamente criminal o mentalmente enferma; delicadamente esteta o revolcada en la basura; de niño en cuerpo de adulto; de

mujer en cuerpo de hombre; loba con piel de cordero; etc. La mascarada de tipos homosexuales puede no tener límites.<sup>5</sup>

Quizás lo más interesante de esta obra de Carlos Martín Briceño sea la posibilidad de múltiples sugerencias, de decir sin decir, del manejo de la ambigüedad para que el lector a su manera lea entre líneas, interprete, se comprometa, juzgue a los personajes y les asigne el destino que mejor le convenga; en cierta medida, busca la complicidad entre texto y lectores. Ha corrido mucha tinta en la literatura a través de novelas, cuentos, obras dramáticas, textos teóricos... El cine también ha contribuido en presentar la temática gay desde distintos enfoques de valoración, enjuiciamiento y análisis, ya sea a favor o en contra. Todas las épocas han tenido preguntas y respuestas y en todas ellas, de forma abierta o soterrada, se han tratado las relaciones homosexuales, ya sean conflictivas, armoniosas, en pie de lucha, reprimidas, condenadas o aceptadas...

La lista enunciada por Woods al inicio de este epígrafe es casi totalizadora, pues en ella caben múltiples tópicos que la literatura ha utilizado para abordar la figura del homosexual. En *Los mártires del "Freeway"* encontramos antes que nada los estereotipos. Sin detenerse mucho en algunos personajes o situaciones, la narración nos muestra varios de estos tópicos que constantemente aparecen en las obras de temática gay: se menciona a la loca, al afeminado, al musculoso, al prostituto, al maricón. Sin duda, estereotipos muy comunes y muy socorridos dentro de la cultura homosexual. Pero, por supuesto, los que sobresalen entre todos ellos son el psicópata, el asesino serial, representado en Enrique Salazar, y el reprimido, el que no quiere asumirse, encarnado por Desiderio Grajales. En cierto modo, dos enfermos, dos seres negativos para la sociedad heterosexista.

Como señala Alberto Mira, "Hay que comprender, por ejemplo, que la etiqueta de 'homosexual' que se atribuyó a Wilde y que en último término le llevaría a la cárcel toma elementos comunes con el concepto tal como lo conocemos hoy en día, pero también era algo totalmente distinto: fue de hecho, el personaje de Wilde lo que contribuyó a la consolidación del estereotipo".<sup>6</sup> La palabra "homosexual" estigmatiza y atemoriza a quienes son designados o reconocidos como tales. Aunque en mucho se haya avanzado en derechos y aceptaciones, el estereotipo sigue

---

<sup>5</sup> Gregory Woods, *Historia de la literatura gay*, Akal, Madrid, 2001, p. 268.

<sup>6</sup> Alberto Mira, *De Sodoma a Chueca*, Egales, Barcelona-Madrid, 2004, p. 56.

marcando y, en mucho, marginando al gay del conjunto social. Oscar Wilde fue un hombre muy celebrado, su fama le dio una importancia extraordinaria, pero cuando se llevaron a cabo los juicios en donde se le acusó de homosexual, el derrumbe fue terrible. La misma sociedad que lo encumbró, le volteó las espaldas, lo traicionó. Y el temor en los homosexuales se convirtió en una realidad aplastante. Si un hombre famoso fue denigrado, estigmatizado y encarcelado, los homosexuales comunes sólo podían esperar la humillación y la ofensa, ya que eran vistos como seres anormales, enfermos y negativos para la sociedad. Aunque con el tiempo se vaya haciendo pública la figura del gay, principalmente el cine se ha encargado de exhibirlo, hasta fechas recientes, como una caricatura, un ser risible, grotesco, afeminado. Después se le ha mostrado con respeto, como si se le quisiera equiparar al heterosexual con todas sus virtudes o defectos, como un ser humano: se produce un cambio de percepción o de actitud, ya no se le considerará un ser enfermo o degenerado. Sin embargo, el estereotipo continúa, el gay es un ser diferente, es el “otro”, el ente todavía extraño al que no se le puede borrar el estereotipo.

En el llamado “tercer mundo” aún se aborda la figura del homosexual con cierta timidez, con cierta consideración y mucha afectación. Desde la frivolidad, la burla, el choteo, la enfermedad, el respeto o la sublimación; en general, el gay no alcanza el grado de prototipo. El gran héroe, el gran personaje, ya sea en el arte literario o cinematográfico no ha alcanzado esa categoría. Algunos acercamientos, muchos coqueteos. Se nota más respeto al ser diferente, pero el morbo predomina, el prejuicio gana la partida. El homosexual es objeto de risa disimulada, de injuria, de estigmatización porque no ha superado el estereotipo. O se le ve con plumas y adornos, como imitación de una mujer, vestido y alborotado, o como seres trágicos, suicidas, asesinos, seres marginales. Aunque las luchas reivindicativas avancen en algunos países, la realidad muestra lo contrario, todavía son seres marginales. Es por este motivo que Mondimore subraya que “A los individuos famosos, influyentes y abiertamente gays o lesbianas les atormentan estos juicios. A pesar de que se ha progresado enormemente abriendo nuevos campos de la vida pública a personas abiertamente homosexuales, no sabemos cuántas personas inteligentes, con talento y prometedoras siguen asustadas en silencio o renuncian debido a los fantasmas de Oscar Wilde o Philip von Eulenburg, para gran pérdida de la sociedad”.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Francis Mark Mondimore, *Historial natural de la homosexualidad*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 248-249.

Muchos homosexuales encubren su preferencia, su identidad por temor a la sociedad: *Los mártires del "Freeway"* —mejor ejemplo no se puede pedir— nos muestra y demuestra que en la primera década del siglo XXI, literalmente conviven los dos homosexuales representativos de esa sociedad que margina, agrede, reprime, nulifica y extermina. El que busca víctimas para vengar afrentas del pasado y el que se asusta y esconde su identidad. Dos seres que se entrecruzan, dos posibilidades de ser, dos formas de vida, dos soledades sin consuelo, sin redención, sólo unidos en un instante determinado por la muerte. Tanto Enrique como Desiderio son injuriados, como, a la vez, ellos lanzan injurias contra los “maricones”. Enrique lleva una doble vida, de día hombre casado y de noche asesino de homosexuales. Muestra una inteligencia sádica, juega con sus víctimas, sobre todo con Desiderio —el detective que no lo descubrirá como culpable—, le tiende trampas, le acorralla. Por internet se comunica con él para provocarle y desafiarle: con el nombre de Iris se presenta para retar. Aquí podemos llegar a leer una afrenta global, pues el arco iris es el símbolo de los homosexuales, es su bandera, sus colores representan sus orgullo, su lucha. Enrique se bautiza como Iris, ¿homenaje o afrenta? Las dos posibilidades, pero sobresale la burla a lo instituido, a lo público, a lo oculto, a lo privado.

La ofensa más grande de Enrique es a los pederastas y a la institución religiosa, ese es su desquite, esa es su venganza contra la Iglesia que en su hipocresía solapa las prácticas aberrantes que cometen los curas contra los niños, curas de doble vida, violadores que ofenden de palabra y obra a toda la sociedad. Dice el padre Menéndez: “Otros me han relevado en esta tarea” (117). De nuevo debemos ser malintencionados, entre líneas debemos leer que la tarea es a del pederasta: mayor injuria no se puede esperar de un prelado religioso. Por eso, la injuria de Enrique hacia la Iglesia consiste en arrojar cadáveres en los atrios de los templos. Así, su venganza adquiere sentido. Con ella manifiesta su odio por los abusos que cometió el padre Menéndez contra él cuando era niño. Por eso castiga y mata a los homosexuales, dejando marcas muy cercanas al fanatismo religioso; él hace justicia humana y no espera la divina, en la que se escuda el cura para justificar sus pecados. Otro injuriante e injuriado es Desiderio: en él notamos más la homofobia interiorizada, pues desprecia a los homosexuales porque no se atreve a ser como ellos. Parece no llevar una doble vida, pero se refugia en figuras literarias con el fin de imitarlas, para evadir su realidad; se trata de un muro de contención para no definir su identidad. Es el otro estereotipo, el temeroso, el que permanece en el *armario*, escondido, el que se reprime y no disfruta de la vida, pues íntimamente siente desprecio por sí mismo.

## La injuria

En *Los mártires del "Freeway"* leemos injurias, insultos, vejaciones, ya sea de palabra, con la mirada, con cierta intencionalidad en las actitudes de los personajes. Por ejemplo: "El castigo de Dios a la infamia" (98); "de simples broncas entre maricones" (101); "y el Capulina lo mira con una risa desagradable" (104); "No mientas, pendeja..." (107); "¿Qué se imagina este hijo de puta?" (108); "Carajo, así es que se trata de acabar con los maricas como los romanos hicieron con los cristianos" (118); "Los putitos, cabrón, ¿verdad? Los mayates muertos (...) Lo que tú y tus *jefas* no saben es cuántas locas desaparecen en esta ciudad" (121); "¿a quién puede importarle la muerte de un par de gays?" (122); "marcada animadversión hacia los prostitutos afeminados" (130); "ya sabes, los gays tienen mala fama" (134); "amiguito de closet" (144). Estas injurias son pronunciadas tanto por personajes heterosexuales como por personajes homosexuales. En los dos bandos se nota una marcada homofobia. Desde la perspectiva machista se nota el desprecio, el repudio, la animadversión hacia los gays y desde el punto de vista de los homosexuales se siente una opresora homofobia interiorizada. Desde ambas posiciones se denigra, estigmatiza, ofende, desprecia y vuelve abyecta una preferencia sexual. Hay una forma de odio manifiesto: en el fondo, todos se regodean por los asesinatos pues los gays significan una afrenta para la heterosexualidad. Como destaca Eribon,

El odio a uno mismo, la homofobia interiorizada, es sin duda uno de los efectos más fuertes de esta estructura de la relación con el mundo modelado por la preexistencia de la injuria. Pero el odio a uno mismo no es solamente una relación desgraciada con uno mismo, que casi siempre empuja a la doble vida, a la obsesión de ser descubierto. Conduce también a la hostilidad con respecto al prójimo, en quien se ve —y no se quiere ver— a otro uno mismo.<sup>8</sup>

Podríamos afirmar que, salga de labios de quien salga, en la narración de Briceno la injuria siempre es venenosa porque acierta: lastima, ofende y denigra.

---

<sup>8</sup> Didier Eribon, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, ob. cit., p. 14.

La mayor injuria de Desiderio es contra sí mismo, su odio es para sí mismo. Y la segunda es contra el ídolo que venera: Oscar Wilde. En la privacidad de su habitación lo sacraliza, admira su buen gusto para los nombres, pero en el sitio público, en el antro, en la disco lo desacraliza, pues piensa que de encontrarse Wilde en ese lugar, seguramente le estaría metiendo mano al “Oso de peluche”, cosa que en realidad él mismo quisiera hacer —aunque sólo sea capaz de ver de reojo el abultado sexo del musculoso—; además, imagina que Bossie (el amante de Wilde) sería la perfecta víctima para el asesino, sin darse cuenta de que él se desdobra en ese ser sin sospechar que pronto será igual que los otros homosexuales sacrificados por Enrique. La blasfemia se revierte y Desiderio se ofende a sí mismo. Doble injuria, doble desacralización, vida simulada, víctima propiciatoria.

La injuria de los heterosexuales queda plasmada a través del comandante Barredo, quien, por una parte, ofende a los maricones y, por otra, en su aparente desprecio machista, esconde deseos hacia otros hombres, pues la lujuria de su mirada lo lleva a contemplar las nalgas de sus subordinados. Ese mismo deseo se convierte en injuria para el mismo comandante, ya que sólo simula y no se atreve a manifestarse abiertamente. Recuérdese que “es preciso señalar que la injuria no es sino la forma última de un continuum lingüístico que abarca tanto al chisme, la alusión, la insinuación, el comentario malévolos o el rumor como broma más o menos explícita, más o menos venenosa”.<sup>9</sup>

*Los mártires del “Freeway”* nos presenta, así, una realidad turbulenta, pues en los albores del siglo XXI se ve la homosexualidad todavía como algo infamante y enfermizo a través del encuentro entre un asesino serial y un gay reprimido. Dos polos opuestos que se necesitan, que se buscan, pero que no disfrutan de la compañía. Sacrificador y sacrificado están muy cercanos a la realidad cotidiana. Nos enfrentamos a una literatura que recrea estereotipos y miedos ancestrales de esas vidas dobles que ocultan su sexualidad y sus deseos y los transforman en compulsiones u obsesiones, llevando a costas todavía el estigma del fantasma del amor que no se atreve a decir su nombre y que sigue recorriendo las calles.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 72.